

Iré Donde Vayas

Oscar Fuentes Henríquez

Copyright© Oscar Alejandro Fuentes Henríquez

Copyright© Iré Donde Vallas

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción parcial o total de esta obra, su tratamiento informático, ni su transmisión por cualquier medio sea este, sin el consentimiento previo y por escrito del autor.

Índice

[Después Del Apagón](#)

[Temor E Impotencia](#)

[No Será Tan Fácil](#)

[Desafortunado Día](#)

[Difícil Decisión](#)

[Un Nuevo Rumbo](#)

[Bastión Norte](#)

[¡Están Aquí!](#)

Después Del Apagón

Hacía ya unas tres semanas que la electricidad se había ido. No había televisión, y ni siquiera usando baterías, se lograba sintonizar algún canal nacional o extranjero, ni por la televisión satelital. Las radios a baterías tampoco sintonizan ningún canal, ni los teléfonos tenían cobertura. Cuando ya no pudieron ser recargados ni con las baterías de los vehículos, ya nada importó. Nadie sabía que había ocurrido, y a medida que los días pasaban, la sugestión en las personas aumentaba. En Valle Verde la situación estaba muy tranquila, pues era solo una pequeña villa rural con no más de 16 familias, y todos se trataban como una familia, como ocurre en muchas zonas rurales. Pero las provisiones se conseguían en Castillo Central, y esta era una ciudad grande, y ahí todo era caos, pues los rumores hablaban de una guerra en el norte, y que estaban sabotando todo el sistema de energía eléctrica del país... y que nadie vendría a la zona central por ayuda, pues el gobierno solo estaba interesado en el norte.

Los pueblerinos estaban preocupados, y se organizaban para hacer todo en grupo, de manera que se juntaban unos 7 hombres, y salían en sus bicicletas a la ciudad, que estaba a solo unos 30 minutos en bicicletas. No era posible usar vehículos, pues desde que la electricidad se fue, los saqueadores se llevaron todo

el combustible de las estaciones de servicio de la ciudad, y no había como recargar el combustible de los vehículos.

Fernando estaba entre el grupo de hombres que iba a buscar provisiones en la ciudad. Era un joven “personaje” dentro de Valle Verde, pues era muy callado y tenía gustos de música “extraños”. No era muy aceptado, pero le toleraban porque tenía una gran habilidad para reparar artefactos electrónicos, y cobraba muy poco. Le hablaban solo por interés.

Los pueblerinos salían a la ciudad con cuchillos, escopetas y rifles. Al llegar a Castillo Central, el ambiente era un caos. La gente corría de un lado a otro, cargando refrigeradores, televisores, muebles, cualquier cosa que pudieran robar. La policía se veía sobrepasada. El alimento escaseaba, pues es lo primero que saquearon de los supermercados. Pese a todo, aun había locales pequeños que tenían alimento disponible. Estaban custodiados por hombres armados, quizá eran de la familia de los propios dueños de los locales, o quizá eran hombres a sueldo, quien podría saberlo.

Se sentía el miedo en las calles, pues nadie podía comunicarse con sus familiares de otras ciudades, y no había como saber que ocurría en el exterior. Todo era pánico, y no estaban llegando provisiones a la ciudad. Al parecer, los saqueadores habían saqueado todas las estaciones de servicio, incluso las de las carreteras. Sin combustible, no llegaba ningún camión de transportes trayendo mercadería a los pocos supermercados que aun funcionaban (funcionaban con resguardo policial eso sí). Siendo ese el caso, y sabiendo que no llegaría comida del exterior, la gente había empezado a saquear los supermercados. La gente se peleaba por la comida, por los televisores (que no los robaban por necesidad, sino que solo lo hacían de ladrones).

Todo había ocurrido muy rápido, y una cosa llevó a la otra: Primero, los supermercados se empezaron a ver muy vacíos. Claro, pues las bodegas de estos mismos se habían quedado vacías, pues los supermercados trabajan con bodegas pequeñas, pues los alimentos los traen en grandes camiones que llegan unas cuantas veces por semana, trayendo diferentes tipos de productos. Ahora que los

camiones no llegaban, los supermercados se vaciaron rápido. Los rumores decían que las mercaderías no llegaban porque había saqueadores que estaban robando el combustible de las estaciones de servicio, aunque Fernando asumía que, los saqueadores en realidad asaltaban los camiones de mercaderías, mientras estos andaban por las carreteras.

Luego de que los ciudadanos notaran la falta de provisiones en los supermercados, unos pocos grupos empezaron a saquear lo que quedaba en los supermercados. Luego, los ciudadanos tuvieron miedo de que los saqueadores se llevaran todo el alimento que quedaba, y que luego todos pasaran hambre. Entonces se decidieron, y casi todos los ciudadanos, si es que no todos, salieron a saquear supermercados, los centros comerciales, y todo a su paso. Los pequeños locatarios no fueron saqueados en un principio, pues no eran el blanco de las turbas. Luego, los pequeños locatarios se armaron, y esa era la situación de ahora: unas cuatro o cinco personas armadas defendían cada pequeño almacén que aún funcionaba, y así nadie les robaba.

Los pueblerinos andaban juntos, y buscaron algún local pequeño, algún almacén. Había filas de personas queriendo comprar, de hasta una cuadra de largo, y así se sabía que almacenes funcionaban.

Sergio era el “líder” no oficial del grupo de pueblerinos, pues era al que todos respetaban y trataban como líder. Era un hombre de poco más de 60 años de edad, y no soltaba la escopeta de sus manos, la sostenía firme, como lista para disparar. Mientras el grupo de pueblerinos caminaba, observaron cómo un hombre armado con un revolver asaltaba a una mujer, y le estaba obligando a darle su bolso y su abrigo. La mujer lloraba y le suplicaba que no se llevara su bolso, pues ahí estaba todo el dinero que le quedaba, y que tenía que comprar comida para sus hijos. Pero el hombre le gritaba impaciente, con una mezcla de convicción y miedo en el rostro, seguro de que debía robar, y tal vez temeroso de que alguien se haga el héroe y ayude a la mujer, pues esta lloraba y gritaba fuerte, y estaba haciendo un escándalo.

“¿Hacemos algo?”, Preguntó un hombre del grupo de Sergio. Todos se miraron unos a otros, y esperaban que Sergio tomara una decisión. Entre eso que

Sergio se decidía si ayudar o no a la mujer, el asaltante le disparó a esta en una pierna, y se llevó su bolso, para luego echar a huir y perderse entre la multitud. Luego de observar eso, Sergio ordenó seguir caminando, y buscar algún almacén con una fila más corta, pues comprar algo con esas filas de personas, tan pero tan largas, significaba mínimo unas dos horas de espera, para luego descubrir tal vez, que en el almacén tenían pastas, pero no azúcar para el café, o harina pero no sal. Dado que las listas de productos que necesitaban para la villa eran extensas, debían buscar algún almacén con una fila más pequeña, o si no les llevaría todo el día en completar la lista de compras.

Los hombres continuaron caminando, mientras algunos edificios ardían en llamas, la gente corría, algunos se peleaban, y uno que otro disparo se escuchaba, algunos a lo lejos, y algunos bastante cerca. Incluso se escuchaba el ruido de la sirena de las patrullas de policías, pero a lo lejos, y no esperaban que se acercaran al lugar en que estaban para poner orden.

“Tal vez deberíamos ir a un centro comercial a ver si hay algo”, sugirió Fernando. “Los centros comerciales ya fueron saqueados, es donde menos podría haber algo en esta ciudad”, contestó Sergio. Pero Fernando continuó: “los saqueadores no tienen ideas de supermercados, pues son gente común que solo conocen la sala de ventas. Si tenemos suerte, en un centro comercial podremos encontrar un supermercado que aun tenga provisiones. Los supermercados tienen frigoríficos en las bodegas. Si mis suposiciones son correctas, las bodegas debieron estar casi vacías para cuando los supermercados fueron saqueados, y lo poco que quedaba, ya estaba en la sala de ventas. Si fue así, entonces los saqueadores estuvieron muy poco tiempo en las bodegas, pues se dieron cuenta que lo poco que había estaba en las salas de venta. Entonces, creo que con el miedo de quedarse sin un botín, tal vez no reconocieron los frigoríficos cuando los vieron, y se los saltaron, sin revisarlos.” “¿Y cómo sabremos reconocer un frigorífico cuando lo tengamos en frente?”, Preguntó Sergio. “Yo los reconoceré”, respondió Fernando, y añadió “hubo un tiempo en que trabajé atendiendo en la sección de cecinas en un supermercado, por eso lo sé. Hay un centro comercial a unas treinta cuadras de

aquí. Me imagino que, como los centros comerciales fueron los primeros en ser saqueados, nadie espera encontrar algo ahí, por lo que es posible que no hayan continuado revisando. Y si no hubiera nada, pues entonces buscamos una fila corta para comprar en los almacenes, pues en todo caso, revisar el centro comercial nos tomará poco tiempo, en comparación con las horas para poder comprar algo”.

Entonces el grupo continuó andando en sus bicicletas, cargando sus enormes mochilas de las que se usan para acampar, pero que aún estaban vacías, pues no había botín alguno que cargar. Fernando seguía callado como siempre, mientras los adultos a su alrededor hablaban sobre lo imposible que parecía encontrar harina, o cualquier otra cosa que hayan estado buscando. Fernando no hablaba mucho, y solo habría la boca cuando le parecía que el grupo estaba desorientado. Era un joven inteligente, pero también poco sociable, y vez que hablaba, parecía muy seguro de sí mismo, por lo que costaba entender que hablara tan poco.

Una vez que llegaron al centro comercial entraron con sus bicicletas. Las cortinas metálicas estaban destrozadas, de manera que era muy fácil entrar, con bicicletas y todo. Había un supermercado en el primer piso, de manera que solo faltaba ponerse en acción. Hubieron recorrido solo unos cuantos metros, cuando alguien les habló. “¿Qué creen que hacen aquí?” Les increpó un gordo hombre de unos 50 años de edad, mientras otros más se acercaban a él, apareciendo por los destrozados pasillos de los supermercados. Sergio miraba asombrado a los hombres, mientras distinguía como había ropa en el piso a lo lejos, y una pequeña fogata, y bastante gente alrededor de ella.

El hombre desconocido levantó su arma, y dos más aparte de él también lo hicieron. En respuesta, los 6 hombres que andaban con Sergio levantaron sus armas de fuego, y apuntaron a la veintena de hombres que estaban frente a ellos. Es verdad, eran muchos, pero no todos tenían armas de fuego. En cambio en el grupo de Sergio, todos tenían armas de fuego, y a parte de estas, algunos también traían cuchillos consigo. “Estamos buscando comida”, habló Sergio. “Venimos en paz, no queremos quitarles su hogar” les dijo observando la cantidad de niños y

mujeres que se veían a lo lejos en el supermercado. “¿En paz? ¿Con esas armas?” Respondió el calvo hombre gordo. “Son necesarias en estos, días, cualquiera puede dispararle a uno solo por precaución”, respondió Sergio mientras le indicaba al hombre que tenía en frente, que él también tenía un arma. “No hay comida aquí, busquen en otra parte”, respondió el hombre con un tono especialmente amenazante, pero sin alzar la voz. Sergio sabía que la situación estaba aumentando en tensión. Sabía que su grupo estaba mejor armado, pero no podía asegurar que en caso de abrir fuego, no le llegara una bala a uno y resultara muerto. “Queremos ver la bodega, y buscar algo que quede ahí. Eso es todo. Serán unos pocos minutos y nos iremos, se los aseguro”, respondió Sergio tratando de calmar los ánimos. “¿Qué les hace creer que les daremos el alimento que queda a ustedes? Es nuestro. Busquen su propio alimento. ¡Largo de aquí!” Gritó el hombre con voz amenazante, mientras los otros hombres que con él estaban, parecían prepararse para luchar, aunque la mayoría de ellos solo tenía un cuchillo, un fierro, o incluso solo un palo.

—Sean sensatos, no pueden ganar. No deberían arriesgarse tanto, que con la vida no se juega —dijo Sergio con una mirada calmada, pero que anunciaba que estaba preparado para disparar en cualquier momento.

—Es nuestra comida, este edificio es nuestro, y no hay más que decir, —respondió el otro hombre.

La situación no podía ser más tensa. Los hombres de Sergio sabían que no conseguirían los productos que necesitaban en los almacenes que habían visto afuera. Traían mucho dinero, pero las cosas habían aumentado como mínimo unas 10 veces su precio, y no podrían comprar mucho. De hecho, solo estaban ahí porque sus mujeres e hijos necesitaba que comer. ¿Cómo decirles que era casi imposible conseguir algo en la ciudad? ¿Acaso dejarían de intentarlo, y verían a sus familias pasar hambre? No, no era algo concebible para la mente de ninguno. Toda la villa confiaba en que ellos volverían con provisiones, y eso es lo que tenían que hacer. Pero era algo difícil. De hecho, las últimas dos veces que habían salido a comprar a la ciudad, no pudieron encontrar nada, y tuvieron que saquear supermercados ya saqueados, buscando algún producto que se haya caído debajo de los estantes. De

esa manera, habían logrado recolectar galletas, tarros de atún, y otras cosas pequeñas. Al llegar a la aldea, solo dijeron que lograron comprar lo que pudieron, pues todo estaba muy caro y los almacenes estaban mal surtidos. No querían preocupar más a la gente de la villa.

—No, este edificio no es de ustedes, y lo que hay en él tampoco. Ustedes se adueñaron de este lugar por la fuerza. Les damos dos opciones, dejarnos tomar solo un “poco” de lo que haya en las bodegas, y nos iremos, y no volveremos más. O, tendremos que tomar lo que queramos por la fuerza, y llenaremos nuestras mochilas, y dispararemos mucho. No provoquen a hombres que harán lo que sea por sus familias, porque estoy seguro que ustedes ya saben lo que un hombre hace por los suyos en estos tiempos. —Mientras Fernando decía estas palabras, los hombres frente a él estaban nerviosos, y algunos miraban al fondo de los pasillos, mientras las mujeres y niños que ahí estaban se alejaban del fuego para esconderse— Solo les pedimos 20 minutos. Tomaremos lo suficiente para llenar la mitad de una de nuestras mochilas, luego pasaremos por aquí, para que comprueben que no hemos tomado muchas cosas, y nos iremos, y nadie saldrá herido. Decidan rápido.

Los hombres frente a él dudaban, e intercambiaron unas palabras en voz baja.

—Está bien, pero solo uno de ustedes irá, y será escoltado por tres de los nuestros. El resto esperará aquí. Es la última palabra —contestó el gordo hombre calvo que actuaba como el cabecilla del otro grupo de hombres.

—Nada de eso —respondió con un tono suave Sergio—. Si uno de nosotros va, podrían matarlo sus tres escoltas. Nadie aceptaría un trato así. En lugar de eso, mejor iremos todos los de mi grupo, y ustedes nos dejarán en paz, para que podamos elegir lo que queramos, pues si no fuéramos solos, nos podrían disparar mientras estemos distraídos seleccionando los productos. Elijan bien, y dentro de solo... 10 minutos, esto habrá acabado.

Los hombres del centro comercial hablaron en voz baja entre ellos, y luego aceptaron la propuesta, y el líder de ellos habló.

—Irán todos ustedes, y uno de nosotros los escoltará. Hay artículos de primera necesidad que no se pueden llevar, como algunas medicinas. Nuestro escolta les dirá lo que no pueden llevar. A fuera de la bodega estaremos todos nosotros, por si acaso escuchemos que le ocurre algo al escolta...

—Está bien, entonces vamos, no hagamos demorar más las cosas — respondió Sergio.

Una vez en la bodega, entraron los 7 pueblerinos, más el escolta del otro grupo de hombres. Ese grupo de hombres se quedó afuera de la bodega, de manera que tenían una visión muy limitada de la misma. El escolta, era el más alto de todos, medía más de dos metros de alto, era un hombre muy ancho, de tez morena y una barba larga, que además sujetaba un revolver, y miraba con cuidado a todos los aldeanos, con una vista inquisidora y muy desconfiada.

En la bodega casi no había nada. Había unas bolsas de arroz, unos 50 kg tal vez, algo de azúcar, algunas latas de conservas... Mientras caminaban por la enorme bodega, y el escolta les seguía el paso tras ellos, Fernando buscaba los frigoríficos con la mirada. Cuando los hubo reconocido, se percató que no había ningún charco de agua a fuera de las compuertas. Entonces le habló al oído a Sergio:

—Ya los vi. No hay agua afuera de las compuertas. Eso puede significar que los frigoríficos han sido saqueados, y que el hielo ya se derritió hace mucho. Pero también puede ser que los frigoríficos estén funcionando, pues, los supermercados tienen generadores de electricidad propios. Si tenemos suerte, podríamos encontrar mucha carne, pollos congelados, leche en botella, queso... hay que revisar los frigoríficos.

Sergio meditó un poco antes de responder, y luego de mirar de reojo al escolta tomó la palabra.

—Tienes razón. Si fuera el caso que dices, que hay mucha comida en los frigoríficos, entonces el escolta no nos dejará abrir los frigoríficos, o como mínimo pondrá alguna objeción.

Otro de los hombres pueblerinos estaba escuchando la conversación de Sergio con Fernando, y entonces agregó en voz baja, cuidando que el escolta no escuchara:

—No nos dejarán marchar. Todos aquí lo sabemos. Además, si hubiera mucho alimento, tenemos que llenar todos nuestros bolsos, nada de llenar solo la mitad... Si es carne lo que hay, no crean que se nos echará a perder en la villa. No hace falta un refrigerador, la cocemos y listo, va a durar como mínimo una semana... con estos fríos que hay, seguro que se conservará bien. Opino que revisemos los frigoríficos, y si hay algo bueno, nos deshagamos del gorila que está atrás. ¿Qué dices Sergio?

—Háblale a Julián, que prepare el silenciador de su pistola, que disimule y se coloque cerca del escolta. Si vemos que al abrir el frigorífico, el escolta se retira, será porque irá a avisar a los demás, y nos atacarán. Dile que se prepare —dijo Sergio al hombre que le había hablado recién.

Mientras el grupo se acercaba a las enormes puertas del frigorífico, Julián se alejaba de forma discreta, por los pasillos de la bodega.

Fernando se paró frente a un frigorífico, mientras Sergio miraba al escolta, y este no parecía nervioso. Ahora Fernando presionó un botón, y luego jaló una manilla, y la compuerta se abrió. Había mucho hielo, lo que significaba que había electricidad en el supermercado, y unos 100 pollos congelados, empanadas congeladas, mariscos, pescados... Luego Fernando se paró frente a otra compuerta, y la abrió. Había en esta, yogures, mucho queso, leche embotellada... Entonces el escolta se acercó y habló:

—Tenemos muchas cosas congeladas, pueden tomar todo lo que quieran, de verdad. Solo que no tomen el alcohol para curar heridas, porque lo necesitamos mucho. Está en otro lugar de la bodega... pero no importa, tomen todo lo que

quieran de esto. Hay mucho pescado si quieren, —decía el escolta con tanta amabilidad, que parecía extraño, pues su aspecto corpulento y su quijada fuerte y cuadrada, parecían contradictorias a tal amabilidad.

—¿De verdad? ¿Lo que queramos? —Preguntó uno de los hombres de Sergio.

—Claro, lo que quieran. Bueno, yo quiero ir por un cigarrillo, y vuelvo enseguida. Solo no tomen el alcohol para curar heridas, ¿Vale?

—Sí, claro. Gracias por la generosidad. Tomaremos algunas cosas y nos iremos en seguida, —dijo Sergio muy sonriente.

El escolta se alejaba, de forma muy tranquila, sin mirar atrás. De pronto, cayó muerto, por un disparo en la cabeza que le dio Julián. Como lo hizo con una pistola con silenciador, no había forma en que los hombres que estaban afuera de la bodega hayan podido escuchar el disparo.

—Bueno, y que nos llevamos, —preguntó un hombre a Sergio. Este pensó brevemente y razonó que debían llevarse el queso y la leche embotellada, pues duraría mucho más que la carne, al no tener un refrigerador. Solo llevarían unos pocos pollos congelados y eso sería todo en cuanto a la carne.

Ahora todos cargaron sus mochilas, hasta más no poder, en menos de cinco minutos, para luego dudar sobre cómo salir de ahí. Hasta hace un rato, se había deshecho del escolta, sin dudar nada, pero era porque sabían que si no lo hacían, ellos mismos morirían. Pero ahora no tenían idea sobre cómo salir de las bodegas. “Ahora solo 2 de ellos tienen armas importantes, los otros solo tienen cuchillos y otras estupideces, podríamos salir y enfrentarlos”, sugirió el único joven aparte de Fernando a Sergio. “Nada de eso” dijo Sergio. “Alguien de nosotros podría terminar muerto, mejor busquemos otra salida, y otros pasillos en esa esquina”, dijo Sergio señalando un lugar un poco distante.

—Siempre hay otra salida, porque tiene que haber un lugar por el cual llegan los camiones de donde descargan la mercadería. Debe haber algún ascensor grande que nos lleve al nivel del estacionamiento, —sugirió Fernando.

Ahora el grupo de hombres buscó el ascensor, mientras continuaban con sus bicicletas al lado de cada uno, llevándolas pegadas al cuerpo. Una vez que encontraron el ascensor, se dieron cuenta que este no funcionaba, y era el único, no se veía otro más. “Tal vez los generadores solo sirven para algunas cosas y otras no... no lo sé... no contaba con esto...” Se lamentaba Fernando. Ahora los hombres empezaban a perder la calma, hasta que Sergio se decidió a que tenían que salir por donde entraron. Luego de que todos se concentraran, y se hicieran a la idea de que no les dejarían salir con las mochilas llenas, y menos después de haber matado al escolta, se decidieron a salir y luchar. Entonces uno de los del grupo se dio cuenta que no lejos de ahí, había una escalera, y que parecía llevar abajo. El rostro de todos cambió, y se dirigieron hacia la escalera. Al llegar al final de la escalera, se encontraron con que había una puerta cerrada. Entonces Julián usó su disparo silencioso otra vez, y volaron la cerradura.

El estacionamiento estaba oscuro a más no poder. No se distinguía nada, de modo que encendieron una luz de una bicicleta, que por recargarse con un generador propio al accionar el dínamo, y luego al moverse la rueda delantera, entonces generaba luz. Ahora todos buscaron la salida, esperando que no hubiera más personas en ese nivel del centro comercial. Había muchos vehículos ahí, pero comprobaron que a todos les habían extraído el combustible. Luego de girar por unos pasillos, por fin vieron Luz: la entrada exterior al estacionamiento, que ahora era para ellos la salida, con su cortina metálica, también estaba destruida.

Ahora, era como de medio día, y al subir a la superficie, ya todos sabían lo que seguía: La gente, al verlos con las mochilas llenas, se abalanzaron hacia ellos para robarles. Ahora Sergio dio un disparo al aire en señal de advertencia, esperando que la gente retrocediera. La mayoría lo hizo, pero no un niño de aspecto delictual, de solo unos 14 años de edad, que sacó una pistola, y antes de que pudiera apuntarle a Sergio, uno de los hombres de este le disparó al niño. Ahora la gente estaba aterrorizada y corrían para todos lados, mientras el grupo de Sergio pedaleaba lo más que podía para salir de la ciudad. Pero las calles eran un caos, y no se podía avanzar mucho, de manera que cada cierto tiempo, alguien se

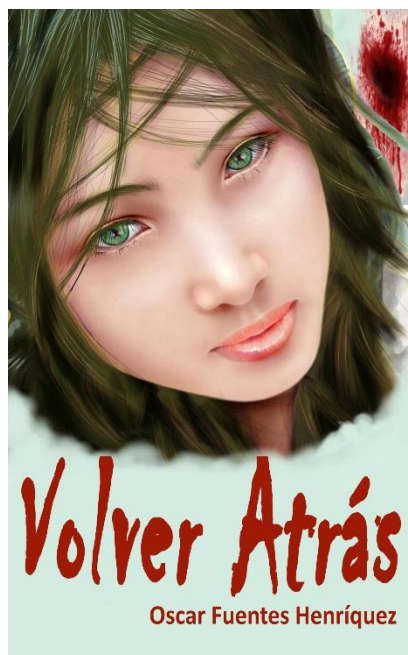
abalanzaba e intentaba botarlos de sus bicicletas, para robarles las mochilas. Los hombres estaban nerviosos, porque sabían que alguien podría tener un arma, y entonces las cosas se complicarían.

De pronto, una turba botó al último del grupo de Sergio, el que estaba más atrás. La gente gritaba, y pateaban al hombre, mientras otros trataban de quitarle la mochila. El hombre, Sebastián, disparó su escopeta, y una mujer robusta de cuarenta y tantos años, dio un gran grito de dolor, y callo al frío asfalto, mientras sangraba del vientre. Ahora Sergio volvió a dar otro disparo al aire, y la turba se alejó de Sebastián. Este montó su bicicleta, y retomaron la marcha. La gente miraba recelosa, fijamente, mientras los hombres continuaban andando. Finalmente, y después de disparar a unas cuantas personas más, lograron salir de la ciudad, abandonando un paisaje desolador: edificios incendiándose, miles de vehículos mal estacionados en las calles, entorpeciendo el paso de cualquiera, muchos de ellos destrozados, gente robando, peleando, llorando... y los policías disparando y disparando, atrincherados en diferentes lugares de la ciudad.

Después de un rato, volvieron al “Valle”, que es como le decían ellos a la villa. Esta vez trajeron un botín tan grande, que no pudieron inventar que lo compraron. Contaron la historia real, mientras los pueblerinos se aterrorizaban por los horrores de la ciudad.

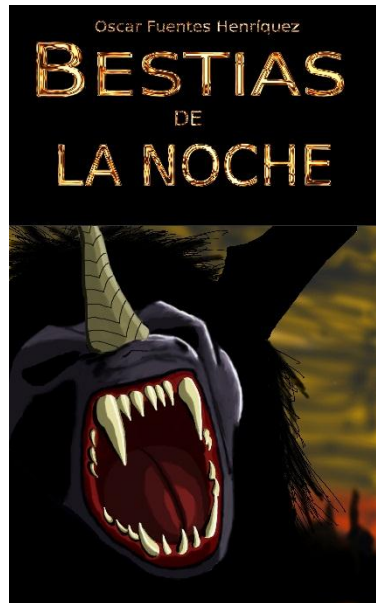
Hasta aquí la versión gratuita. Este libro está disponible en formato moby en www.Amazon.com

Otros títulos del autor disponibles en Amazon



Volver Atrás

Francisco siempre quiso ser amigo de Javiera, pero esta sufría de matonaje escolar, y él, por cobardía, nunca se atrevió a ser amigo de ella, por miedo a ser víctima de matonaje también. Pasa el tiempo, continúan creciendo, y cuando el está en la educación superior, se entera que Javiera se ha suicidado. Posteriormente, sin que él sepa porqué, vuelve atrás en el tiempo, y ahora tiene la oportunidad de salvar a Javiera. Ahora, Francisco volverá atrás en el tiempo una y otra vez, pues resulta ser algo torpe para lograr salvarla.



Bestias De La Noche

Los "Sib" son un pueblo de humanos con alas, muy incivilizado, que no tiene contacto con los humanos, y viven en las cimas más altas de las montañas. Pero unas bestias aladas gigantes han llegado desde el sur, y los sib tendrán que luchar para sobrevivir de ellas, y en el transcurso, de los peligrosos humanos. Para poder sobrevivir al azote de las cientos de miles de gigantes bestias nocturnas, que devoran todo a su paso, y que cuando aparecen cubren todo el cielo, hasta donde alcanza la vista, los sib tendrán que modernizarse a paso agigantado, y descubrir cuan fuertes son, para sobrevivir a la extinción.